

DE LA GUITARRA AL HOMBRE: ROBERT RAVERA

De GLADYS CANCELA

**Introducción al Tema.**

**Santurión, un diálogo de esencias**

**Vocación y Virtuosismo.**

**El muchacho del Pasaje Norte.**

**La transmisión Musical.**

**Robert Ravera: un elegido.**

**Último Pentagrama**

INTRODUCCIÓN AL TEMA.

“Mira a tu corazón y escribe” –dijo un gran escritor-, Quizá porque la vida es lo que produce vida. O porque donde está el corazón, allí están las musas y habita la belleza y no en algún lugar geográfico famoso. He dedicado con fervor algunos años de mi oficio de escritora, a transcribir con palabras el sentido y el quehacer de la guitarra. Creo que no ha sido en vano. Hallar un lenguaje real y transparente que pueda traducir el significado de creadores y ejecutantes musicales me ha valido la íntima gloria de comprender más al mundo. Y aunque he tenido que buscar una huella en medio del caos existencial, no me arrepiento. Pues nunca se encuentra camino en el espacio libre, sino en medio de la vorágine febril.

Me comentaba risueñamente el lutier Juan Carlos Santurión: “Te apostaría a que cuando mueras, habrá en tu velatorio más guitarristas que escritores” Mejor. Tal vez puedan dejarme en alguna lágrima perdida, toda la música del mundo,

AQUEL 26 de AGOSTO

Un 26 de agosto nacía en una casita sencilla, un niño, a cumplir un destino de fe y dedicación. Su nombre Robert Ravera. Lejos estaban sus familiares de saber en ese instante y apreciar más tarde, que nacía un ser para la música. Pero, después de todo. ¿Cómo saberlo? ¿Quién puede adivinar el futuro de un niño?

Pero así fue. Nació Robert un creyente del arte; una personalidad para el amor.

Los primeros años de los niños con talento, son difíciles. Hay una incomunicación entre su “yo” y la realidad que los hace aparecer ante los ojos de los demás como seres extraños. Y es que el arte nos disgusta cuando no estamos a su altura. Por eso la discontinuidad de Robert en sus estudios, su carácter cambiante, sus largos silencios que más tarde tuvieron un sentido y una plenitud, cuando su “yo” encontró la ubicación en el mundo. Siempre es fácil tomar un aire de superioridad ante la gente que intenta algo. Es más simple negar que comprender.

Pero Robert Ravera intuyó que su lugar estaba en la música, y hacia ella dirigió su vida sin prisas, porque sabía y sabe que todo aquel que debe llegar, llega. Que todo pierde valor allí donde el alma no puede asomarse.

Así nos conocimos. Siempre en la urgencia diaria; siempre en la prisa. Un saludo al cruzar una calle. Una ida a sus conciertos. Un ver su esmero por pulirse. Y siempre la prisa, el hasta luego eterno, los caminos que no pueden desandarse. Robert que parte a Brasil, yo que voy a dar conferencias a Nueva York. Todo febril. Rápido. Sin lugar para un diálogo entre artistas. Pero la fascinación del conocimiento humano llega a tal grado en los seres que nacieron para el sueño, que se hace imposible toda explicación. Y la amistad echa raíces intuitivamente, aunque no exista la presencia. El arte une. Y sólo el arte podrá decir la última palabra. Lo demás es vida cotidiana, semáforos, prisas útiles o inútiles. Que no atan, que no conducen siquiera a una efímera relación. Pero los artistas tienen que asumir las dificultades, los fracasos, el escándalo que implica toda empresa. Y crear así otro mundo, donde todo tiene su razón de ser.

SANTURIÓN, un diálogo de esencias.

LAS MADERAS SON UN FIN. Establecer un diálogo con el “luthier” Juan Carlos Santurión, es difícil, si se tiene en cuenta que hay que ponerse a la altura de sus conocimientos, para lograr una sólida comprensión.

Este Hacedor de Guitarras es ya una figura internacional en el mundo del Arte. Y es que el saber de Santurión, hombre hecho al perfume de las maderas y al sonido que vibra y desborda, manteniéndose en el aire como una voz que no quisiera apagarse nunca... es ilimitado.

Hay que intentar entonces bucear en su mundo de palabras y sonoridades, lo concreto. Lo que nos va a dar, simplificado, el porqué de una órbita musical, de la cual es dueño innegable.

Únicamente le hicimos una pregunta: “¿Qué es lo fundamental para obtener ese sonido esencial que obtienes en la guitarra?”. A lo que responde sin inseguridades: “El sonido es el hombre, el hombre que ama. La guitarra se concibe en la mente. Tiene alma. Las maderas son nada más que un fin. Todo lo hace el hombre con su idea, con lo que va descubriendo dentro de sí. Porque cuando lo descubre ya no puede darse vuelta en el camino, sino seguir con esa idea hasta su realización”.

#### EL “FORMANT”

Santurión, este trotamundos de la mente. Genial, abierto, con la lucidez propia de todos lo que saben nos cuenta como un hecho más y sin trascendencia, que le regalaron las cuerdas de Pujol cuando éste murió.

Es una verdadera aventura conocer su taller, palpar sus maderas, contemplar la colección de fotografías de intérpretes de relevancia que han pulsado sus guitarras, Y aquí es casi imprescindible conocer lo que Richardson afirmaba sobre el “formant”, o sea, la vida de un instrumento.

“El formant” es el predominio de ciertos armónicos que están dentro de una región de la escala musical. Se señala que el timbre está determinado no solamente por la extensión del “formant” si no por la intensidad.

Esta breve visita al maestro Santurión, en una tarde muy fría del invierno montevideano, buscando las esencias que hacen que un instrumento pueda darnos la dimensión exacta del hombre, concluyó con la lectura de una dedicatoria escrita para él por Emilio Pujol en diciembre de 1950: “A Juan Carlos Santurión, admirable virtuosos de la guitarra, espíritu inquieto que siente el ideal del arte con ansiedad y elevación infinitas”.

Pujol escribió. Las guitarras de Santurión lo confirman, con su lustre indicador que allí hay un duende, un sonido mágico haciendo piruetas en las cuatrocientas cuarenta vibraciones de las cuerdas.

“Robert Ravera - medita Santurión – es un artista. Con una técnica segura y un señorío sencillo que transmite su verdadero sentir”. “Y esos arranques que tiene... Sí, es un artista”.

La noche se alarga. El reloj apremia.

Hasta pronto Santurión. Quisiera perpetuarme en el sonido; ser una esencia más.

### VOCACIÓN Y VIRTUOSISMO

Ensayando una definición.- Vocación y virtuosismo, dos términos que el lenguaje común los utiliza como sinónimos, y no lo son. Vocación es la inclinación a una profesión. La señal íntima para empezar una tarea. Una voluntad, quizá, para seguir cierto rumbo. Pero ante todo es una tendencia y no una capacidad. Una inclinación, pero nunca una categoría de pericia.

La vocación debidamente encauzada, puede dotar al que la posee, en el esfuerzo de aprenderla. Pero es nada más que eso. Muchas veces oímos decir: “Yo tenía vocación para la música, pero concluí siendo oficinista”.

Un elegido, es un predestinado. Concibe, realiza, crea. Y está preso en esa predestinación, sin poder ni querer salir de ella. Bien valdría aquí la frase: “Estaba escrito. Nació para ser artista y artista será”. Y muchas cosas se le revelan

inconscientemente, sin esfuerzo. Mientras que ser vocacional supone una labor, implica una dedicación más lógica entre el hombre y el motivo con el cual tropieza.

El elegido tiene la total virtud de su arte. Y aunque depure su técnica, lo único que hace es perfeccionar algo.

El vocacional es un forjador. Comprende que lo fácil, lo improvisado, no permanece. Se logra y se desintegra con la misma facilidad con que se concibió. La tarea de un vocacional es sublimar las aristas de su vocación y lograr con empeñoso esfuerzo un intento de conquista frente al arte.

El elegido vive su responsabilidad de predestinado, y sabe que tiene una misión que justifica su vida y la absorbe más allá de sus propios deseos. El elegido muere y renace en el arte como muere y renace el mundo más allá de ambiciones y luchas. En fin de cuentas, el arte no se hereda, no depende de los “genes”, no es un fenómeno biológico, sino cultural. Y nace y perdura en el espíritu, igual que una mariposa que no perdiera nunca sus alas.

#### EL MUCHACHO DEL PASAJE NORTE

Toda esta introducción tan necesaria, es el preludio para trazar la imagen de un guitarrista uruguayo: Robert Ravera. El muchacho sencillo, familiar, introvertido. Un poco inmaduro y un mucho profundo. El que paseó sus primeros sueños por la calle Pasaje Norte, hoy, Hernán Gómez, donde está ubicada su casa.

El que un día tuvo la espontánea revelación de que el alma existe. Y quiso buscarla. Hallándola en sí mismo, reencontrándola en la guitarra. El Conservatorio le dio un título: Profesor. Pero de poco sirven los títulos sin el talento y la curiosidad de encontrarle a la vida un sentido, y a la belleza un porqué.

Las lunas del Pasaje Norte lo vieron andar alto y flexible, con cuadernos bajo el brazo y un mechón de cabello castaño sobre la frente. La mirada sin risa. Honda. Buscando constantemente un cómo o un porqué a las cosas. Demasiado serio para sus años,

meditativo, amigo de los pensamientos reflexivos, se fue formando paulatinamente, clavando en su alma para siempre, la flecha certera de amor por la música.

Robert Ravera tiene las condiciones necesarias para transformarse en un músico de altura. Su transparencia interior, su bondad innata, su carácter cambiante, su -a veces- callada melancolía, van poniendo en su sangre pentagramas de luz que iluminan sus interpretaciones transmitiendo a quien lo escucha el germen del creador, el río invisible pero existente, en que intérprete y escucha se sienten ligados por un oleaje de sonidos que pasa de espíritu a espíritu. Como escribió en cierta oportunidad el musicólogo Eduardo Grau sobre el guitarrista Ramón Ayestarán: "... y así, por lógica transformación el hombre se siente espíritu. Y este espíritu aflora al mirar y al gesto".

Pero ¿qué es mejor? ¿La técnica pura y cronométrica? ¿La transmisión estética? ¿Qué? Todo es importante. Porque transmitir es un don que no está en la técnica. Pero tampoco se puede transmitir sin una técnica que asegure la dulzura de un arpegio o la tristeza escondida en un ligado de notas.

El secreto de los artistas reside en vivir como todo el mundo, no siendo como nadie. Hay que salvarse de los demás. De los que no pueden llorar el mal que sienten, ni comprender el bien que se recibe.

La vida interior no la da la sociedad, que por su naturaleza es anti-artística. La vida de Robert Ravera, podrá nutrirse siempre en la "gracia vegetal de su guitarra".

Robert crece. Crece hacia adentro, como los verdaderos virtuosos. Recibe el asesoramiento de un maestro de maestros que lo guía y lo afirma en el difícil camino del arte: Atilio Rapat. El Músico bohemio, el que habla con la guitarra. El que aún distraído, sabe cuando algo no suena bien en las cuerdas.

Me había prometido a mí misma, no escribir más sobre la guitarra y sus ejecutantes, pero en esta instancia en que amigos de mi país y del extranjero me exhortan a hacerlo, retorno con verdadera emoción a escribir sobre un instrumento que amé y sigo amando a través de tantas vicisitudes. Pienso que hay que dejar de lado todo preconcepto y dedicarse a descubrir la verdad donde se halla. Porque una pluma que

se calla, una pluma que silencia su voz y desvanece las palabras, no es nunca una pluma de verdad.

Cansada ya de que los artistas mueran para escribir sobre su encanto y su paso por el mundo, he pensado que es interesante conocer los comienzos de un guitarrista, su fe, sus progresos.

Más aún si es contemporáneo y si maestros y público tienen depositada en él, la seguridad de que llegará. No. De que ha llegado ya, a esa etapa donde el hombre comienza a perfilar sus dones, para hacer de la música una responsabilidad constante.

#### LA TRANSMISIÓN MUSICAL.

Después de la formación general del hombre, o más bien a la par con ella, se desenvuelve su preparación para determinado oficio, mínimo o máximo, que le corresponde en la división de las funciones sociales.

Es necesario entonces que el artista acostumbre a buscar su centro de gravedad en sí mismo.

Allí lo encontró Robert Ravera, dentro de sí, por eso no ignora que hasta cuando el corazón se le rompa, se le romperá en música. El arte es el único imperio que no se adquiere por conquista, sino por sumisión. Por lo cual las verdades del arte no pueden ser enseñadas, sino reveladas.

El intérprete que toca con su guitarra la obra de un creador, debe primero asimilarla, nota por nota, hasta que, navegando por su sangre llegue hasta la punta de sus dedos, verdaderas antenas de la sensibilidad, y la transmita al público en toda su verdad de origen. La música es un pájaro que vuela sin detenerse jamás. Pero el bien que podemos sacar del arte no está en lo que nos enseña, sino en lo que gracias a él nos convertimos. El artista no depende de lo visible y tangible, tiene que nutrirse de sus visiones y percepciones, de lo que va adivinando en los pentagramas, ofreciéndole a quien escucha con toda la espiritual amplitud de sí misma.

En efecto, el arte es difícil, pero conduce a la dicha interior. Y la dicha es generosa, no vive de destrucciones. Confiesa muy sutilmente Robert Ravera”... a veces uno ha llamado a todas las puertas que no dan a ninguna parte y la única por la que se puede entrar y que en vano se hubiese buscado durante cien años, la golpea uno sin saberlo y se abre. Es la puerta de nosotros mismos”.

Poderosa razón la del artista que no fluctúa en divagaciones, sino en razonamientos que no tienen su raíz en lamente, sino en el propio corazón. La vida es mediocre cuando se la juzga por imágenes que no conservan nada de ella; pero puede ser muy bella si sabemos ver en cada gesto aislado, el reflejo de las cosas verdaderas.

Los elegidos como Robert, como tantos otros, son los únicos para quienes las cosas bellas significan simplemente belleza. Las frases tendrían que ser cortas de decir y largas de olvidar. Como la música.

Pero la naturaleza no da saltos. Para realizar algo grande en el arte hay que destruir la realidad –repito- apartar sus fantasmas que nos cierran el paso, seguir como única ley el camino de nuestros sueños hacia lo ideal. Lo más sencillo llénase de encanto si uno lo mantiene en secreto. Es la única manera de que la vida moderna adquiera misterio y atractivo. Eso que Carlyle llama “pensar en melodía”. Una de las grandes metas del arte, es sentir que somos esenciales en relación con el mundo. Una obra lograda, transfigura y justifica la vida del artista.

“Sin el fuego, el hombre no hubiera podido salir de la edad de piedra”, como asegura Drapper. Sin el fuego sagrado del arte, el hombre no hubiera podido salir de su primitivismo, ni superarse hasta hacer de su sangre un cauce de luz.

#### ROBERT RAVERA: UN ELEGIDO.

La dignidad de la fuerza controlada; este sería el lema de Robert Ravera para proseguir en la vida con su quehacer artístico. Y al decir un elegido se está afirmando su raíz vital. Ese dolor y esa alegría del arte que no puede tener testigos, que se soporta en la soledad más pura del alma. El punto de partida de un músico, no es



holgado, no tiene facilidades, sino que exige el esfuerzo tenaz, para resistir los vértigos y los espejismos que empujan hacia abajo.

Detrás de las promesas amables, no existe la plenitud. La facilidad de un escenario, no es una llegada, sino una prueba más de algo que no alcanza una sazón definitiva. En eso está la limitación y la gloria del arte.

Un músico verdadero debe llevar su destino con sencillez, con llaneza. Porque el destino nunca se gana: se alcanza. Y es, ante todo, un ejemplo, de grandeza lograda en la más sencilla humildad. Es un elegido, todo aquel artista que vive en un permanente alerta para no desviarse de la ruta, para no convertir el éxito en deformación del “yo”. Para jerarquizar desde su aparente cono de sombra, la existencia en su calidad más humana. Porque si desapareciera el arte y con ellos sentimientos, desaparecería también el hombre. El mundo.

“¿Qué evoca un artista mientras ejecuta?” –se pregunta Camilo Mauclair-. “Verifica la transposición de un alma, sacrificándole la suya. Está intensamente solo”. Es el momento de la entrega total, del arpegio definitivo; del alma que se desovilla para ir hilvanando notas que entren en los demás, como una brisa que penetrara en todos los espíritus que le escuchan para ir despertando recuerdos y vivencias.

He ahí un hombre. Un artista que tiene ante sí la oscuridad más anónima. Alguien a quien todos observan y escuchan, pero que a nadie ve y reconoce. Un músico no adivina los ojos que lo miran, no observa el auditorio. Y cuando lo hace su mirada se fija en el fondo de la sala, en un punto distante, como si no quisiera contagiarse por intermedio de los aplausos de la vibración del público.

He ahí un hombre. Solo. Con su guitarra. Sin que muchos comprendan su soledad. Es que el arte, no es un sentimiento artificial que viva y se sostenga por los aplausos y la opinión ajena.

En realidad, un concierto, no es nada más –sugería un pensador francés- que la muestra de la vida que, por cobardía, pereza o ignorancia, sólo vivimos contadas veces. Robert Ravera es poseedor de ese don de llevarnos hacia la atmósfera auténtica de

nosotros mismos. Por filtración, lentamente, él despierta en quien lo escucha la permeabilidad. Sin recibir, por darse: nada. Porque ya lo afirmamos anteriormente: el aplauso fervoroso es sólo la exteriorización de que la música llegó a su finalidad, de que el sonido entreabrió las mentes y de que las manos del guitarrista al pulsar las cuerdas, evadió de la realidad a muchas almas. El músico llega sí a la más aguda de sus metas.

Lo difícil, no es imposible. Pero al incorporarse con su guitarra y saludar a esa masa anónima que lo aplaude, siente el más inexplicable desamparo. El virtuoso sabe que su fin es ese: darse. Aunque darse le cueste, como a la rosa, el desfallecimiento.

Pero el elegido, como la rosa, renace siempre. Así es, Robert Ravera, tiene a veces – igual que otros artistas de su nivel- al finalizar un concierto, una imagen enigmática. Algo le brilla en los ojos. El párpado inferior parece sostener la transparencia de una lágrima.

Pero su rostro, casi siempre impasible y sin sonrisa, con esa dignidad que da fuerza controlada, no refleja ni su soledad, ni su desamparo, ni su melancolía o su felicidad. Es como si un vacío lo poseyera por dentro. Todo lo ha dado. La llama de la música lo ha devorado por entero. Sólo es el fin de un pentagrama, que siente la necesidad de buscar otros nuevos pentagramas para volver a quemarse en el fuego triste radiante del arte.

Porque un virtuoso necesita una vida devoradora, Necesita obrar, gastarse, realizarse, un fin que alcanzar, dificultades que vencer. Decirse cada día como consigna ante cualquier derrota: “Se acabó. Todo comienza”. Y cuidarse del peligro más grande de la época: que mientras cultivamos la cabeza, abandonamos el corazón.

Pero, he ahí un hombre. Algo sale de él, y gira; y vuelve hasta su sangre a inundarla de algo infinito: la paz.

ÚLTIMO PENTAGRAMA.

El empleo de la síntesis ha sido casi una disciplina en este breve ensayo. Dar el núcleo de la palabra. Ir a su centro evitando la aglomeración de adjetivos, que en vez de dar claridad, ensombrecen los pensamientos. Después de todo, el sentido de una obra, no es la suma de las palabras, sino la totalidad de los conceptos que de ella emergen.

No sé si el deseo de músicos tan notables como buenos amigos, ha sido complacido. Lo que intenté realizar en esta miniatura lírica es la aventura de no esperar cincuenta años para reconocer un talento. Me dirán que es demasiado pronto: pero mañana sería sin duda demasiado tarde,

Hay talentos que nacen, los hay que se reconocen por costumbre, y están los que se inventan un auto-talento mediante una propaganda tan abusiva como desconcertante. Convirtiéndose así, no en músicos, sino en artículos de consumo.

Este es, un testimonio de fe. Robert Ravera, humilde muchacho del Pasaje Norte, ha llegado a ser un hombre artista, además de un excelente profesor. No soy un oráculo. ¿Quién lo es? Pero el corazón no miente y sabe, y hasta ve, como una máquina radiográfica, el interior de los artistas de verdad.

Muy aislados están los músicos, sin el aliciente de becas, sin estímulo de premios, para que los dejemos en el olvido, como un tallo que en vez de alzarse hacia el azul, se doblara en un pantano.

La existencia dejó a Robert Ravera en su ruta, y su brújula ya le marca un rumbo. Va para él, mi poema "Guitarrista, no te olvides", que forma parte de mi libro "La guitarra y su magia" y que había dedicado a los guitarristas en general. Hoy, después de comprobar el tesón, el amor y la hondura interior de Robert, se lo dedico con amistad y lo transcribo, gustosa de haber encontrado el espíritu que se ajuste a mi inspiración:

"Guitarrista no te olvides" Poema

Cuando tomes en tus manos

la guitarra, tú recuerda

que surgió de un bello tronco,

y huele a calidad tierra.

Olor vegetal y fresco,

prodigio de la madera

que hasta ayer, tuviera ramas

donde la vida se abriera.

No te olvides de los pájaros

que le dieron sus gorjeos;

Ni de los tibios amantes que

Intentaron junto al árbol

encontrarse el alma a besos.

Guitarrista, no te olvides,

de morir en cada arpegio.

Que no se asombren tus dedos

si descubren en las cuerdas

flecos de lluvia, charquitos

donde apagar la tristeza.

Pedazos largos de cielo;

acaso, restos de niebla.

Ternura de viejas cosas

que el tiempo al pasar no lleva.

Guitarrista, no te olvides

que el amor siempre comienza.

Y cuando caigan tus manos

vencidas por el silencio,

cuando los años enfríen

los acordes de tu acento.

Cuando sientas que de a poco

te marchitas sin remedio...

Busca en tu sangre y escucha,

La guitarra que hay adentro.

El tiempo, que va demasiado rápido, hará todo lo Robert Ravera necesita para llegar a una imagen más cotizada y significativa en categoría artística y en valor humano.

Siempre hay en el hombre un pentagrama en blanco, donde escribirá la patética melodía de su último suspiro. Mientras tanto esperamos. El reloj marcará las horas mientras el pulso de Robert Ravera seguirá registrando las pulsaciones del mérito.

El músico del Pasaje Norte, ha sabido definir su camino. Y hacia adelante el horizonte espera. Siempre esperará. Hasta el fin. Porque el arte no tiene llegada, sólo partida.

¡Y quién se anima a decir el veredicto final?

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN AL TEMA

Aquel 26 de Agosto

Santurión, un diálogo de esencias

El "Formant"

Vocación y virtuosismo

El muchacho del Pasaje Norte

La transmisión musical

Robert Ravera: un elegido

Último pentagrama

#### **DE LA MISMA AUTORA**

"Cantos a la Primavera"

Canto

Primer Premio en la Universidad de la República.

"Victoriano Montes, poeta de Maestros".

Ensayo

Primer Premio en el Concurso Victoriano Montes.

"Se llamaba Setiembre..."

Poemas en Prosa

Distinguido por el Presidente de la Real Academia de la Lengua Española.

"Continente del Beso"

Sonetos

“El Acero y la Vaina”

Poemas gauchescos

“Afro 68”

Poemas Afro-montevideanos.

“La guitarra y su magia”

Ensayo

“Oscar Costa, el primer guitarrista uruguayo en Oriente”.

Ensayo biográfico.

“La virtud esencialmente poética de Gladys Cancela que le franquea con llave mágica, puertas inaccesibles a los especialistas y a los técnicos, se traduce aquí en carne y sangre de su fraternal mensaje. Desde la raíz común, escala el tallo y explora ramas, hojas, flores y frutos del gran árbol del Arte”.

Roberto Lagarmilla

